

Sherlock Holmes y yo

Vicente Muñoz Puelles



ANAYA

Sherlock Holmes y yo



Para la explotación en el aula de este libro, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en www.anayainfantilyjuvenil.com

1.ª edición: febrero 2021

© Del texto: Vicente Muñoz Puelles, 2021
© De la ilustración: Javier Olivares, 2021
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez



ISBN: 978-84-698-8565-9
Depósito legal: M-31037-2020
Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Sherlock Holmes y yo

Vicente Muñoz Puelles

Ilustración:
Javier Olivares



ANAYA

Es un asunto que me llevará sus buenas tres pipas, y yo le pido a usted que no me dirija la palabra durante cincuenta minutos.

La liga de los pelirrojos
ARTHUR CONAN DOYLE

Índice

I.	El caso de los hombres decapitados	9
II.	El caso de los gatos gigantes de Cheshire	81
III.	El caso de la cremación espontánea	113
IV.	El caso de las tres bañeras	141
V.	La aventura del monte Graupius	175

THE
STRAND
MAGAZINE

15
Cents

JANUARY

THE CASE
OF THE
BEHEADED
MEN

A NEW SHERLOCK HOLMES STORY



I

EL CASO DE LOS HOMBRES DECAPITADOS

Era el 20 de abril de 1882, jueves, como indicaba el calendario de mesa que, entre el abrecartas de marfil y el tintero de plata, presidía mi escritorio, en un rincón de nuestro salón. Había transcurrido más de un año desde que Sherlock Holmes y yo nos conocimos y empezamos a compartir las habitaciones del número 221 B de Baker Street, decisión que ha sido, quizá, la más acertada de mi vida.

Holmes podía ser el menos cordial de los compañeros, y seguía habiendo días en los que no me dirigía la palabra. Es más, sus devaneos con la morfina y con la cocaína, que justificaba por la necesidad de estimular su cerebro, no habían dejado de inquietarme desde la primera vez en que lo vi hacer uso de la jeringuilla hipodérmica.

Otro tanto cabe decir de su relación con el violín. Sabía tocarlo de forma excelsa, pero casi siempre lo empleaba a modo de coda o comentario, para subrayar un razonamiento o expresar un estado de ánimo, con frecuencia melancólico. Tampoco me divertía que usara el salón como galería de tiro, aunque fuese para adornar

la pared opuesta con las patrióticas iniciales de V. R., que luego transformaba en V. R. I.¹, dibujadas con orificios de bala.

Pero también yo era un tipo peculiar, sobre todo por aquella época. Me levantaba a las horas más absurdas e impropias de un adulto respetable, tenía pesadillas relacionadas con mis experiencias en la segunda guerra anglo-afgana, de las que me despertaba sudoroso y gritando, y me sobresaltaba siempre que oía un ruido penetrante, porque mis nervios estaban destrozados, y empezaba a temer que nunca llegarían a reponerse.

Aquella mañana me había levantado hacia las nueve, después de una noche de insomnio. Había tomado el desayuno preparado por la siempre solícita señora Hudson, y me encontraba aún en batín, leyendo la prensa en nuestro mirador, de cara al ventanal que daba a la calle, cuando oí una risita jactanciosa. Miré hacia atrás. Solo podía ser Sherlock Holmes. Pero mi compañero, sentado a su vez en su sillón, tenía el rostro oculto por las amplias páginas del *Times*, que no delataban ningún temblor. Pensé que me había equivocado y de nuevo me concentré en las noticias.

Poco después se repitió la risita, aún más enojosa, y al volverme descubrí a Holmes, que asomaba tras el periódico y se esforzaba por contener nuevas carcajadas.

1 *Victoria Regina Imperatrix*, es decir, Victoria, reina y emperatriz. (N. del E.).

—¡Holmes, no esperaba esto de usted! —dije, enfurruñado.

Me levanté y me planté ante él.

—No se ofenda —protestó mi compañero, conciliador—. Sucede que, esta vez, no solo he deducido sus pensamientos, sino que me he anticipado a ellos. ¡Durante una centésima de segundo, he sabido lo que iba a pensar! Ha sido la idea de que todos los seres humanos, y no únicamente usted, somos tan predecibles, la que me ha provocado la risa. Watson, le ruego que me disculpe.

Desde el principio de nuestra relación, Holmes tenía el fatigoso hábito de deducir el curso de mis pensamientos, a partir de los cambios de expresión de mi rostro. Era el mismo truco, más bien efectista, del que alardeaba Auguste Dupin, el detective de ficción creado por Edgar Allan Poe. Solo que esta vez yo le había dado la espalda, y no podía entender cómo había adivinado algo, si realmente lo había hecho.

—Ya sabe, Holmes —dije—, que me disgusta sentirme observado, como si fuera un animal de laboratorio. Entiendo que, para entrenarse, aplique sus extraordinarias dotes de observación a otras personas, pero debería comprender que hacerlo con un compañero de piso, que está siempre a su merced y no dispone de su capacidad deductiva, ronda el abuso. Además, me extraña que usted, que valora sobre todo la razón y la lógica, presuma a estas alturas de tener poderes extrasensoriales, como un médium cualquiera.

—Watson, Watson, cálmese. Me ha entendido mal.

—¿Acaso no acaba de afirmar que ha leído mi mente? —pregunté, decidido a curarlo de su engreimiento.

—De ningún modo. Lo único que sostengo es que, pese a nuestras diferencias individuales, que son ante todo físicas pero también de carácter, todas las personas tendemos a reaccionar del mismo modo en situaciones semejantes. Hace un momento, usted estaba leyendo, como yo, la noticia relativa a la muerte de Charles Darwin, que falleció ayer, en su residencia de Down. ¿Qué es lo que sentimos siempre ante la muerte de un gran hombre? Primero, admiración y agradecimiento, porque ha vivido en nuestra época y ha compartido su trabajo con nosotros.

—Hasta ahí, de acuerdo.

—Usted me daba la espalda, pero yo sabía que de un momento a otro iba a levantar la cabeza y llevarla hacia atrás, como muestra de esa admiración, y que posiblemente iba a bajarla después, en señal de respeto. Y así ha sido: usted ha llevado la cabeza hacia atrás, como si tomara aliento, y luego la ha inclinado hacia adelante, como habría hecho yo, probablemente, si no hubiera estado observándole. Después, en relación con el gran hombre que ha muerto, uno valora siempre lo que queda de él, es decir sus logros. Darwin es, con Wallace, pero de una manera mucho más notoria, el descubridor de la teoría de la evolución de las especies según la selección natural. Una teoría que ha cambiado nuestra

concepción del mundo, que nos ha colocado definitivamente en el reino animal, donde nos tocaba estar, y que ha dejado a Dios en entredicho o, por así decirlo, fuera del mapa. ¿Me sigue?

—Por supuesto.

—Pero, tal como solemos entenderla —continuó Holmes—, la teoría de la evolución implica que el hombre desciende del mono o, para ser precisos, que ambos tienen un origen común. Es imposible pensar en Darwin y no relacionarlo con esos conceptos, la evolución y la posición del mono y la nuestra en el árbol genealógico común. En esta habitación solo hay un objeto que puede hacernos evocar a nuestros parientes más cercanos, y es esa pequeña talla en madera rojiza —señaló mi estantería, atestada de libros médicos— que muestra a tres macacos juntos, uno de los cuales se cubre los oídos con las manos, otro los ojos y el tercero la boca. Si lo recuerdo bien, usted compró la talla en un bazar de Kabul.

—Así fue. Pronto hará dos años.

—Usted podía haber vuelto la mirada hacia ella o no, pero yo supuse que lo haría, dado que la llevaba consigo cuando lo hirieron en la batalla de Maiwand, y en cierto modo puede considerarla como un amuleto, porque salió herido pero con vida. Y usted, efectivamente, la ha mirado, momento en el que ha escuchado por primera vez mi risita de triunfo. También es imposible, creo yo, pensar en los monos sin imaginarlos

colgados de los árboles, donde muchos, aunque no todos, pasan buena parte del tiempo. Con frecuencia hemos comentado que a esta calle le faltan unos buenos plataneros o unos ciruelos, que pondrían una nota de color y en verano nos ayudarían a aliviar el calor, difícilmente soportable, sobre todo en agosto.

»Como el excursionista que atraviesa un bosque, la memoria tiende a seguir los senderos ya abiertos. He supuesto que usted levantaría la cabeza para atisbar la calle desnuda de árboles, y lo ha hecho, si bien de manera casi imperceptible. Y es difícil vivir en esta parte alta de Baker Street, a un tiro de piedra de Regent's Park, e imaginar a los monos subidos en sus árboles y alborotando, sin que a su mente acuda el jardín zoológico, el único lugar de Londres donde hay una nutrida representación de nuestros ágiles parientes, y donde usted y yo los hemos visitado a menudo. He adivinado que usted miraría en dirección al parque, que se ve desde aquí, y al zoo, que se encuentra hacia el norte, y así ha sido, aunque solo he podido apreciar otro leve movimiento de cabeza. Entonces he soltado mi segunda risita de triunfo, que tanto le ha incomodado.

—¡Asombroso! —exclamé.

—Es de lo más corriente. Cualquiera podría... —empezó Holmes.

Pronunciaba estas palabras cuando, como si se tratara de un efecto de teatro, sonó un aldabonazo en la puerta de la calle, seguido de una voz recia y de los pasos de

alguien que subía la escalera con firmeza. Como siempre que se trataba de un desconocido, lo acompañaba la señora Hudson. Poco después se oyó el característico golpear de nudillos de nuestra patrona, que abrió la puerta y franqueó el paso a un hombre de anchas espaldas, con el uniforme de ordenanza de Scotland Yard.

—Para el señor Sherlock Holmes —dijo el recién llegado, al tiempo que le entregaba un sobre azul.

Se quedó esperando a que mi compañero leyera la carta, y le preguntó si había respuesta.

—Puede informar al inspector Spooner de que allí estaremos —Holmes consultó su reloj de bolsillo—, dentro de algo más de tres horas. Y le felicito por haber dejado el boxeo profesional a tiempo —añadió distraídamamente—. Hizo bien en seguir los consejos de su esposa. A partir de cierta edad, en ese deporte hay más riesgos para la salud que posibles beneficios.

El ordenanza retrocedió, como si acusara un golpe.

—Por vida de... —balbuceó—. Había oído hablar de sus habilidades, pero esto... ¿Cómo ha sabido lo del boxeo, por mi nariz?

—No, su nariz, sorprendentemente, está bastante bien. Yo también me tengo por un experto boxeador, así como por un esgrimista de palo y espada. He observado que el boxeo provoca unas deformaciones características en las orejas. Orejas en coliflor, que dicen. Las suyas muestran un castigo importante, y también sus nudillos, lo que me hace pensar que participó en

numerosos combates. Su uniforme de ordenanza está casi nuevo, lo que indica que dejó el boxeo hace poco. Y su anillo de casado cuenta el resto. Cuando uno suma todos esos factores, se deduce que su mujer no quiso casarse hasta que usted dejó el boxeo. ¿Me equivoco?

—¡Qué manera de fijarse! —exclamó el ordenanza—. Podría ganar un montón de dinero, leyendo la mente en las barracas de feria.

—¿Usted cree? —dijo Holmes, de buen humor—. Siempre está bien saberlo, por si los delincuentes se reforman y el trabajo empieza a escasear.

El ordenanza juntó los tacones de sus zapatos, hizo una suerte de saludo militar y desapareció.

Holmes me entregó la carta. Desde el asesinato de Lauriston Gardens, que glosé en *Estudio en escarlata*, tenía por costumbre hacerme participar en sus pesquisas. Y yo se lo agradecía de la mejor manera que sabía, esto es, escuchándole cuando necesitaba pensar en voz alta, y sirviéndole de cronista.

He aquí la carta:

Apreciado Sherlock Holmes:

Ayer ocurrió un hecho horrendo en el pueblo de Lower Quinton. Charles Norfolk, granjero de setenta y cuatro años que, pese a su edad, seguía trabajando como cortador de setos, fue encontrado muerto, ensartado en el suelo con su propia horca de tres puntas y con el signo de la cruz marcado

en el pecho con una podadera. Mi primera impresión fue la de que estaba ante un caso relativamente sencillo, porque Lower Quinton es una comunidad rural pequeña, de menos de quinientos habitantes, y todos se conocen entre sí. Pero no hemos encontrado ninguna pista significativa en el escenario del crimen, y las entrevistas que he mantenido con la gente del lugar ni siquiera me han permitido establecer el posible motivo. Si puede venir hoy mismo, me encontrará en el pueblo o en el sitio llamado Meon Hill, que es donde tuvo lugar el asesinato, a milla y media de Lower Quinton. Si le es imposible venir pero tiene interés en el caso, le proporcionaré detalles más completos por carta o pasará a verle.

*Suyo sinceramente,
Alec Spooner*

—Spooner es inspector de la policía en Warwickshire —me informó Holmes—. Es rápido y enérgico, y además tiene imaginación, cosa poco frecuente en nuestra policía.

—Con imaginación o sin ella, es un crimen horrible —dije.

—Lo es, pero tiene ese carácter extraordinario y *outré* que tanto nos atrae. Supongo que por eso Spooner ha pensado en mí, en vez de pedir ayuda a Gregson o a Lestrade. No puedo dejarlo en la estacada, sobre todo teniendo en cuenta que ahora no estoy ocupado en ningún caso. Ande, póngase ropa de calle y coja el sombrero.

—¿De veras quiere que lo acompañe?

—Tendría que presentarme un certificado de baja por enfermedad para no venir, Watson. Y no valdría uno firmado por usted mismo. Además, así, cuando vaya a relatar el caso sabrá de buena fuente a qué atenerse, y no hablará de oídas, como cuando escribió *El ritual de los Musgrave*, sobre mis inicios como detective consultor.

Cinco minutos después de que me dirigiera este reproche, fuimos andando a la cercana estación de Marylebone. Tomamos un tren que estaba a punto de salir y pronto empezamos a discurrir entre suaves colinas de un verde muy vivo. Para calcular la velocidad, Holmes consultaba su reloj y se entretenía contando los postes, colocados cada cuatrocientos metros.

Desde Stratford, un coche conducido por un caballo nos llevó a Lower Quinton, que solo se halla a unas siete millas pero parece mucho más remoto en el tiempo que en el espacio. Es, como debió ser en la Edad Media, un pueblo con las calles sin pavimentar, casas techadas de paja y traviesas de madera negra en las fachadas blancas.

—Aquí nunca viene nadie —nos dijo el cochero, que parecía tan fuera de lugar como nosotros mismos.

Al ser preguntado, un chico que jugaba en la calle con un perro nos señaló, sin decir palabra, la dirección que debíamos tomar para llegar a Meon Hill.

A ambos lados del camino ascendente había grandes extensiones de flores amarillas, que brillaban al sol.

Costaba creer, ante una vista tan plácida, que cerca de allí se hubiera cometido un crimen tan horrendo.

De pronto, al tomar una curva, vimos a una joven menuda, frágil, con el rostro desencajado, que parecía caminar dando tumbos.

Holmes le pidió al cochero que se detuviera, y al momento nos apeamos. Al vernos, la joven retrocedió unos pasos.

—Señorita, me llamo Watson, doctor Watson —le dije—. ¿Se encuentra bien? Si necesita ayuda, estamos a su disposición.

—Podemos dejarla en su casa, si quiere —añadió Holmes.

La joven nos miró con sus ojos azules muy abiertos, como si le costara entendernos. Cuando le di un pañuelo, se echó a llorar y me abrazó entre convulsiones. Lamenté no haber llevado el botiquín conmigo, pero la experiencia me ha enseñado que casi siempre un abrazo reconfortante tiene mayor valor terapéutico que un frasco de sales.

—Lo siento —dijo al cabo de un par de minutos, ya más calmada, y se apartó con decisión—. ¿Qué pensará usted de mí?

—No se inquiete— le pedí—. Yo nunca pienso nada.

Se llamaba Edith Norfolk. Cuando nos contó que era la sobrina de la víctima, comprendí hasta qué punto aquel abrazo obedecía al desconsuelo de su situación, y

estaba destinado a su tío y no a mí. Mandamos al cochero que diese media vuelta y la acompañamos a su casa, que estaba muy cerca, a la salida del pueblo.

Me quedé con ella, para consolarla y escuchar su versión de los hechos, mientras Holmes, impaciente, se dirigía de nuevo a Meon Hill.

La casa era más sencilla que otras del lugar. Tenía un emparrado en la puerta, y un tejado de paja que descendía por la fachada y formaba una especie de visera sobre las ventanas. En el interior, en una estantería, se alineaban varios tomos de Dickens. Me contó que por las noches se los leía a su tío, que nunca se cansaba de escucharlos. Había perdido a sus padres a muy temprana edad, y Charles Norfolk era su único pariente. Tío y sobrina llevaban una vida tranquila y casi anónima, con pocas emociones.

El día anterior ambos habían salido poco antes de las nueve de la mañana, ella hacia la escuela, donde era maestra, y él hacia su trabajo. Norfolk estaba parcialmente impedido a causa del reumatismo, y para andar necesitaba la ayuda de un bastón. Sin embargo, se negaba a jubilarse del todo, y seguía trabajando para los granjeros del pueblo.

Había salido, pues, con su horca y una podadera de mango largo, que llevaba al hombro. Al volverse por última vez a mirarlo, ella lo había visto alejarse despacio, con su característica cojera, rumbo a los campos de Meon Hill.

Norfolk solía regresar a casa cada tarde hacia las cuatro, para tomar el té. Cuando vio que a las seis no había aparecido, Edith empezó a inquietarse. Su tío era extremadamente puntual, y un retraso tan largo solo podía deberse a un accidente. Subió a Meon Hill en su busca y lo llamó a gritos, pero no lo encontró y tuvo que recurrir a la persona que le había encargado el último trabajo, un granjero de mediana edad llamado Potter, que vivía en la parte baja de la colina. Anoche-cía. Potter y Edith siguieron rastreando los alrededores a la luz de una linterna, hasta que descubrieron el cuerpo de Norfolk, que yacía en un charco de sangre, junto a un sauce.

—¡No te acerques! ¡Más vale que no veas esto! —le había gritado Potter.

Pero ella lo había visto. Su tío tenía los rasgos de la cara distorsionados. Alguien le había atravesado el cuello con su propia horca y le había hundido la podadera en el vientre.

Potter y Edith corrieron a avisar a la policía, que acudió, inspeccionó el lugar y les tomó declaración.

A su vez, la policía avisó al forense. Pero este no pudo llegar hasta primera hora del día siguiente. Hizo un examen provisional del cuerpo, descubrió la marca de una cruz en el pecho ensangrentado y ordenó el levantamiento. Trasladaron el cadáver al pueblo en una camilla improvisada con una verja, y luego se lo llevaron a Stratford en una carreta.

Desde entonces, Edith estaba conmocionada. Como un barco a merced de los vientos, iba desde su casa hasta la colina, persuadida de que todo era una pesadilla y de que volvería a encontrar a su tío con vida, podando los setos. Pero tan pronto se topaba con la policía, que seguía registrando el lugar en busca de pistas, bajaba de nuevo, aterrada. No solo había perdido a la persona que más quería y a la que había consagrado todos sus cuidados, sino que ella misma se sentía agredida, por la proximidad de una acción tan violenta.

Intenté consolarla. Seguía en ello cuando Holmes regresó, dos horas después. Lo acompañaba el inspector Spooner, hombre a mi modo de ver algo pomposo, que repetía una y otra vez, como si quisiera convencerse a sí mismo, que la policía encontraría a los culpables.

—Piénselo bien antes de contestarme —le pidió mi compañero a Edith—. Ayer por la mañana, al despedirse de su tío, ¿notó usted alguna señal de inquietud?

—Estaba algo nervioso, sí —contestó la joven—. Cuando fui a darle un beso en la mejilla, tuvo un sobresalto y se apartó antes de que lo rozara. —Los ojos se le humedecieron de nuevo—. Presentí que le pasaría algo, pero no me atreví a decirle nada. La verdad es que soy bastante aprensiva.

—¿Era la primera vez que lo notaba tan nervioso?

—No, creo que no. Últimamente siempre estaba así.

La noche anterior, Edith se había quedado a descansar en la vivienda de una familia amiga. Le pedimos que esa noche hiciera lo mismo, pero no quiso.

—He de acostumbrarme a estar sola —dijo con resolución.

Como nos quedábamos intranquilos, Spooner le asignó un policía para que hiciera guardia delante de la casa.

En el tren de regreso a Londres, mi compañero seguía callado, fumando una pipa tras otra. En aquellas circunstancias, yo había aprendido que no debía interrumpirle, salvo si quería ser obsequiado con una mirada fulminante y un par de gruñidos. Solo rompió el silencio cuando, ya en casa y después de una cena fría, nos sentamos a fumar en el salón.

—¿Sabe, Watson? —empezó, mientras una voluta de humo azul ascendía sobre su cabeza y se posaba por un instante en ella, como el halo de un santo—. A diferencia de otros estudiosos del crimen, yo creo que no hay asesinos de nacimiento, ni rasgos físicos característicos de los criminales. Que la oreja de uno presente un lóbulo poco desarrollado no significa que tenga más posibilidades de cometer un delito, como pretende ese petulante de Lombroso. Si fuera como él dice, mi trabajo no tendría ningún sentido. Bastaría con detener a todos los propietarios de cierto tipo de oreja o de nariz para evitar los crímenes. Lo que yo sostengo es la opinión contraria: que cualquiera, en determinadas

circunstancias, puede convertirse en ladrón o en asesino. Un hombre hambriento, acorralado, dominado por los celos o el afán de venganza, puede matar casi sin darse cuenta.

—No me lo imagino a usted como asesino, Holmes, ni a mí tampoco. Ni siquiera en las circunstancias más penosas.

Mi compañero se quedó pensando.

—Quizá tenga razón en cuanto a nosotros dos, Watson, sobre todo en cuanto a usted, que es la bondad en persona y, si tuviera que compartir un bote con otros naufragos, se dejaría matar, antes de consentir que otros pasaran hambre. Lo que desde luego no imagino, y ahí es donde quería ir a parar, es que una persona se recree matando a otra, como he tenido ocasión de comprobar allá arriba, en Meon Hill. ¿Sabe usted que, tras atravesar el cuello de ese pobre Norfolk, las puntas de la horca se hundían quince centímetros en la tierra? Según me contaron, fueron necesarios dos policías para extraer la herramienta. Olvidé decirle que tenía abundantes cortes en los brazos, señal de que se había defendido.

—Su sobrina me dijo que llevaba un bastón.

—¡Cierto, Watson! Allí estaba el bastón, entre los setos. Por desgracia, no le sirvió de nada. Como sabe, hemos visitado Lower Quinton al día siguiente del asesinato. Los habitantes del pueblo y los agentes de policía han pisoteado el escenario y es casi imposible distinguir

nada. Aún así, las huellas que quedan me han permitido constatar, con un margen razonable de error, que Norfolk fue atacado por sorpresa, mientras trabajaba. Posiblemente lo derribaron con la horca y luego le quitaron la podadera. El bastón no tenía manchas de sangre.

—*Homo hominis lupus est* —cité—. Pero ¿quién puede ser ese hombre que se comporta como un lobo?

Holmes se encogió de hombros.

—Sin duda, un joven de gran fuerza física, que mide en torno a un metro y ochenta centímetros, calza unas botas de punta cuadrada, lleva un machete corto o un cuchillo de caza largo y ha pasado una temporada en la India. —Me dedicó una mirada irónica—. Antes de que estalle en una salva de aplausos, le recordaré que en este país debe haber cientos de personas que responden a esas características, y que describir al criminal y atraparle son dos cosas muy diferentes.

—Pero al menos ya sabe a quién seguir. Dígame cómo lo ha hecho.

—Watson, Watson, ¿por qué no dejar que el misterio permanezca como tal? Ahora ya sabe lo mismo que le conté al inspector Spooner. ¿Para qué más? Recuerde la conversación que tuvimos hace unos días. Usted defendía el encanto de esos sombreros femeninos con velo que se han puesto de moda, y que esconden el rostro bajo una especie de encaje moteado.

—Es verdad. Y usted me hablaba de que la auténtica belleza se aprecia mejor a la luz del día, sin sombras ni

veladuras. Si le pregunto cómo ha llegado a esas conclusiones es porque tengo mis lectores, a los que me debo.

Holmes se retrepó en su asiento, y se resignó:

—Todo sea por instruir un poco a esos pobres lectores, que bastante tienen con padecer el tinte novelesco de sus relatos. Veamos. —A medida que hablaba, garabateaba en el aire con la boquilla de su pipa—. Deduzco que el asesino es joven por la longitud de sus zancadas. Alguien capaz de andar así, con ese vigor, es imposible que haya entrado en la edad propecta. Que tiene gran fuerza física no requiere explicación, si se piensa en lo que hizo con la horca de tres puntas. En cuanto a la altura, me temo que le he escamoteado otro dato. El cadáver estaba cerca de un sauce donde alguien, sin duda el asesino, ha grabado una cruz con los brazos iguales, como la del pecho de Norfolk.

—¿Una cruz griega? —sugerí.

—Eso, una cruz griega, grabada en la corteza del árbol con un arma blanca bien afilada. Como es bien sabido, uno escribe y dibuja a la altura de sus ojos, y en este caso la parte superior de la cruz está a un metro setenta y cinco o setenta y seis centímetros.

—¿Por qué cree que esa cruz también es obra del asesino? Que haya dos cruces con la misma forma no implica...

—Porque las huellas que van del árbol al cadáver —me interrumpió Holmes—, y que pertenecen a unas

botas de punta cuadrada, de suela bastante gastada por cierto, así me lo indican.

—¿Y el machete?

—El asesino pasó la noche o parte de ella en lo alto del sauce, esperando a Norfolk, que ya había trabajado allí el día anterior. Se había construido lo que los indios llaman un *maján*, una pequeña plataforma de ramas atadas entre sí con lianas o raíces y con un poco de hojarasca por encima. Como sabrá, en el Indostán los cazadores se apostan en los *majanes* para pasar la noche, al acecho de los leopardos o los tigres.

—Estoy al corriente.

—Recordará entonces que el *maján* no debe estar demasiado alto, porque a mayor altura el disparo es más difícil. Y ha de estar bien camuflado, para escapar al ojo avizor de las fieras. El hombre que hizo el *maján* de Meon Hill era un experto, y sabía lo que hacía. Cortó las ramas y las raíces con un machete o un cuchillo de caza largo y bien afilado, que es el mismo que usó para grabar la cruz del árbol. Deduzco que pasó una temporada en la India, o tal vez se crio en ella. Huelga decir, pero lo digo, que yo fui el primero en descubrir el *maján*, para sorpresa del inspector Spooner y de su gente, que sin embargo lo había tenido todo el tiempo a la vista. Ya sabe que hay muchas formas de ver.

—Sería imposible vivir con usted y no darse cuenta de eso.

El personaje de Sherlock Holmes resulta tan atractivo y sugerente que muchos lectores creen o quieren creer que existió realmente. Se le han dedicado estatuas, museos, sellos, monedas, asociaciones de admiradores y hasta minuciosas biografías. También ha aparecido en abundantes obras de otros autores, desde Mark Twain o Maurice Leblanc a Isaac Asimov. En ocasiones ha sido transportado a otro siglo, e incluso a otro planeta.

Esta colección de relatos recupera la magia y el hechizo de las historias originales y devuelve a Holmes a las nieblas londinenses, que fueron su elemento natural, y a una habitación desordenada, pero acogedora, en Baker Street.



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1562542

ISBN 978-84-698-8565-9

